

Paris. Demolición de la columna Vendôme (1871).  
Autor anónimo.



## El drama de la revolución y la reacción: la historia marxista y el siglo XX

Alex Callinicos

*El presente es un problema de la historia, un problema que rechaza ser ignorado y que demanda de manera imperiosa esa mediación. Debe intentarse.*

GEORG LUKÁCS<sup>1</sup>

Alex Callinicos es profesor de Estudios Europeos en el King's College de Londres. Durante muchos años ha enseñado teoría social y política en la Universidad de York. Entre sus muchas obras, se pueden mencionar *Social Theory* (1999), *Equality* (2000), *Manifiesto anticapitalista* (Crítica, 2001), *Los nuevos mandarines del poder americano* (Alianza, 2006) y *The Resources of Critique* (2006). El presente artículo forma parte de la compilación a cargo de Chris Wickham *Marxist History-writing for the Twenry-first Century* (The British Academy-Oxford University Press, 2007). [Trad. cast. en preparación en PUV.]

Hay algo ligeramente paradójico en el hecho de que *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852), probablemente el texto más admirado de Marx por los historiadores, ya sean marxistas o no, se escribiera no como un ejercicio histórico, sino como un intento de comprender el presente –es decir, se trata de una pieza de análisis político contemporáneo. En *El dieciocho brumario*, desarrollando y corrigiendo la interpretación de la revolución de 1848 en Francia que había plasmado, con mucha cercanía a los acontecimientos, en *Las luchas de clases en Francia* (1850), Marx trata de explicar el torbellino político de 1848-49 que acabó con el golpe de estado de Luis Napoleón. Ambos textos muestran el talento de Marx para la narración y la invectiva; ambos se enfrentan al problema, inherente a su programa de investigación, de la relación entre las clases sociales y el campo político. *El dieciocho brumario* complica bastante el panorama, al explorar el éxito de Bonaparte en su explotación tanto de la situación de tablas entre burguesía y proletariado como de la memoria que el campesinado guardaba de su tío, Napoleón I, para hacerse con el control de un aparato estatal cada vez más extenso y burocratizado. Como afirma Gwyn Williams, «ha desaparecido la conexión directa entre la clase y sus representantes políticos, todo en la arena política es ahora mediación».<sup>2</sup>

Como también observa Williams, ambos textos «componen un Drama de la Revolución que, al exponer las contradicciones de un régimen burgués basado en el sufragio universal, se convierte en un Teatro del Absurdo»—un escenario que nos obliga a reflexionar sobre la derrota de la Revolución.<sup>3</sup> Este mismo compromiso intelectual con el presente, interpretado como un drama de revolución y reacción, puede observarse en la literatura marxista sobre el siglo XX, que ha producido trabajos tan relevantes como cualesquiera otros llevados a cabo por historiadores marxistas dedicados a analizar períodos anteriores. En este ensayo voy a considerar, en primer lugar, la obra de marxistas que se han ocupado de ejemplos específicos de la dinámica revolucionaria, pero también de los procesos que han evitado las revoluciones o institucionalizado la reacción.. En la segunda parte, me referiré a las interpretaciones marxistas, de carácter global, sobre la historia del siglo XX en su conjunto.

Podría decirse que *El dieciocho brumario* es el primer ejemplo de un género de escritura histórica marxista que toma como objeto algunos de los episodios políticos más importantes del siglo —una escritura que trata de interpretar acontecimientos contempo-

1. G. Lukács, *History and Class Consciousness* (Londres, 1971), pág. 158.

2. G.A. Williams, «18 Brumaire: Karl Marx and defeat», en B. Matthews (ed.), *Marx: 100 Years On* (Londres, 1983), pág. 33.

3. *Ibid.*, pág. 12. Marx finaliza *El dieciocho brumario* insistiendo en que la derrota es temporal y prediciendo que «cuando finalmente el manto imperial de Luis Bonaparte caiga de sus espaldas, la estatua de bronce de Napoleón caerá desde lo alto de la columna de Vendôme»: *Karl Marx and Friedrich Engels: Collected Works*, 50 vols (Londres, 1975-2005), XI, pág. 197. Con toda justicia debería apuntarse que, aunque Marx tuviera bastantes problemas con sus predicciones, en esta acertó.

ráneos mediante la construcción de una narrativa que se sustenta en una teoría marxista de la historia. El ejemplo más distinguido de este género, la *Historia de la Revolución rusa* de Trotsky, se sitúa en una escala superior a *El dieciocho brumario*, y el drama que despliega tiene –desde su perspectiva como autor– un final feliz, es decir, *el final feliz* para un revolucionario, un triunfo político en el que él mismo había asumido un rol de liderazgo. Aun así, del mismo modo que Marx con *El dieciocho brumario*, Trotsky escribió su *Historia* en el exilio, y con el objetivo político de reivindicar la revolución –en su caso no se dirigía contra la contrarrevolución triunfante (al menos él lo veía así), sino contra el revés que representaba la victoria política de Stalin y sus aliados. Al igual que Marx, construye una narrativa política que se sustenta en la interacción entre los participantes en un campo político extraordinariamente desorganizado después del derrocamiento del antiguo régimen, y las clases sociales constituidas, o que pugnan por constituirse, en actores colectivos. De hecho, lo que unifica la narrativa es la formación gradual de la clase trabajadora rusa como sujeto revolucionario, un proceso cuya lógica es subrayada por Trotsky al comienzo de su *Historia*:

Las masas no se lanzan a la revolución con un plan preparado de reconstrucción social, sino con la sensación aguda de que ya no pueden soportar el viejo régimen. Sólo las capas dirigentes de una clase tienen un programa político definido, e incluso éste requiere la prueba de los acontecimientos y el apoyo de las masas. El proceso político fundamental de la revolución consiste así en la comprensión gradual, por parte de una clase social, de los problemas planteados por la crisis social –la orientación activa de las masas a través del método de las aproximaciones sucesivas. Las diferentes etapas del proceso revolucionario, certificadas por un cambio de partidos en el que los más extremos desplazan siempre a los menos, expresará la presión creciente de las masas hacia la izquierda– siempre que la oscilación del movimiento no se tope con obstáculos objetivos.<sup>4</sup>

La revolución, por tanto, tiene una lógica objetiva que, al enraizarse en las contradicciones estructurales del modo de producción, supone una especie de proceso de descubrimiento en el que las clases subalternas, después de entrar en una arena política de la que normalmente están excluidas, prueban y rechazan las soluciones que ofrecen diferentes partidos políticos hasta encontrar alguna que representa sus intereses y les permite tomar el poder por ellas mismas. Un poco más adelante, Trotsky intenta situar el «rol de los partidos y sus líderes» dentro de esta dialéctica entre la clase social y la representación política: «Aunque no sean independientes, constituyen un elemento muy importante en el proceso. Sin una organización capaz de guiar, la energía de las masas se disiparía como el vapor que no está encerrado en una válvula-pistón. Aun así, lo que mueve las cosas no es el pistón o la válvula, sino el vapor». Trotsky subraya el significado del pistón y la válvula cuando remarca el papel fundamental que tuvo Lenin en la orientación del Partido Bolchevique hacia una segunda revolución después de la caída del zarismo, convenciendo a sus líderes para organizar la insurrección de octubre de 1917.<sup>5</sup>

Este requisito indispensable invita a una reflexión sobre la derrota de la lógica social de la radicalización revolucionaria progresiva, que puede no ser simplemente el resultado de obstáculos objetivos sino de la ausencia del tipo adecuado de organización política y liderazgo. En este sentido, uno de los objetivos básicos de los escritos políticos de Trotsky, primero en eclipse y luego en el exilio, durante los años 20 y 30 (los equivalentes a *Las luchas de clases en Francia* y *El dieciocho brumario*) será rastrear de país a país –China,

4. L. D. Trotsky, *The history of the Russian Revolution*, 3 vols (Londres, 1967), I, pág. 16.

5. *Ibid.*, I, págs. 16-17; sobre el rol de Lenin ver; *ibid.*, I, cap. 16, y III, cap. 5.

Alemania, España, Francia— cómo sucumbe esta lógica. Sus comentarios lúcidos y airados sobre el fracaso de la socialdemocracia alemana y los partidos comunistas para unirse ante el ascenso del nacionalsocialismo tienen una cualidad especial tanto por sus acertadas predicciones sobre las consecuencias desastrosas de este fracaso como por su reconocimiento del fascismo como un fenómeno político singular y específico.<sup>6</sup> El ejemplo que ofrecen estos escritos políticos y su *Historia* inspiró a algunos de sus seguidores más capaces para escribir historias contemporáneas de otras revoluciones del siglo xx, que tratan de rastrear la interacción entre los intereses de clase y las fuerzas políticas que, en cada caso, llevaron a la derrota: Harold Isaacs sobre la revolución china de 1925-7, Pierre Broué sobre la revolución alemana y la guerra civil española, y Adolfo Gilly sobre la revolución mexicana.<sup>7</sup> El título original en castellano del libro de Gilly, *La revolución interrumpida*, muestra bastante bien la sensación de que, al menos temporalmente, el proceso se salió de su curso, como sugieren estas palabras de William Morris que Isaacs convierte en el epígrafe de su libro: «Los hombres luchan y pierden la batalla, y el objetivo por el que lucharon se cumple a pesar de su derrota, y cuando se cumple resulta que no es lo que ellos creían, y otros hombres tienen que luchar por lo que querían bajo un nuevo nombre». Pero para Trotsky y aquellos a quienes influyó, el episodio del siglo xx que resuena sobre todo con la ironía de las consecuencias imprevistas es el curso tomado por una de las revoluciones que, desde su punto de vista, había triunfado: me refiero a la aparición, después de octubre de 1917, del régimen de Stalin y la transformación que esto supuso en la Unión Soviética. Trotsky hizo su mejor aportación sobre esta cuestión en *La revolución traicionada* (1936), y también intentó explorar el papel de su principal antagonista en una biografía sobre Stalin en la que trabajaba cuando fue asesinado en agosto de 1940. El uso de la biografía para investigar la evolución histórica de la Rusia revolucionaria fue recogido y desarrollado, de manera excelente, por el disidente trotskista Isaac Deutscher, primero en un estudio sobre Stalin (1949) y luego en su destacada trilogía sobre el propio Trotsky (1954, 1959, 1963).<sup>8</sup>

La interpretación que propone Deutscher sobre la historia rusa se orienta hacia el polo más «objetivista» del modelo de proceso revolucionario desarrollado por Trotsky. Por ello, sin esconder sus crímenes y muchas veces a pesar de sí mismo, presenta a Stalin como un agente de la transformación sociopolítica cuyo resultado final comportaría la realización de los ideales de los bolcheviques de principios. Esta visión casi hegeliana de la historia como un proceso a largo plazo dirigido por fuerzas ante las cuales los seres humanos no son sino un vehículo inconsciente es la imagen especular de una tendencia voluntarista evidente en Trotsky y que es aún más marcada en sus seguidores. Así, Trotsky, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, escribió: «La crisis histórica de la humanidad se reduce a una crisis de liderazgo revolucionario.»<sup>9</sup> En otras palabras, existen ya todas las condiciones objetivas para una radicalización progresiva como la que triunfó en 1917. Los mayores «obstáculos» para la repetición del proceso son, desde una perspectiva negativa, la inexistencia de nada parecido a un Partido Bolchevique y, desde una perspectiva positiva, la subordinación de la izquierda a fuerzas no revolucionarias, como los socialdemócratas y los comunistas seguidores de Stalin. Dicha visión es voluntarista porque no toma en consideración los procesos más profundos —económi-

6. L. D. Trotsky, *The struggle against Fascism in Germany* (Nueva York, 1971).

7. H. Isaacs, *The tragedy of the Chinese Revolution*, 2ª ed. (Stanford, CA, 1961); P. Broué y E. Témime, *The Revolution and the Civil War in Spain* (Londres, 1972); P. Broué, *The German Revolution 1917-23* (Leiden, 2004); A. Gilly, *The Mexican Revolution* (Londres, 1983). El libro de Isaacs se publicó originariamente en 1938, cuando él era un trotskista, y más tarde fue modificado para tomar en consideración su cambio de perspectiva: ver su «Preface to the first revised edition» (1951).

8. I. Deutscher, *Stalin* (Harmondsworth, 1970), *The prophet armed* (Oxford, 1970), *The prophet unarmed* (Oxford, 1970), y *The prophet outcast* (Oxford, 1970).

9. «The death agony of capitalism and the tasks of the Fourth International», en W. Reisner (ed.), *Documents of the Fourth International: the formative years (1933-40)* (Nueva York, 1973), pág. 181.



cos, políticos, culturales— que subyacen a esta constelación de fuerzas desfavorable (según la perspectiva de Trotsky) y la apoyan.

Ahora bien, la experiencia del siglo xx ha favorecido otro tipo de compromiso intelectual marxista con la historia contemporánea, un compromiso que no se basa esta vez en la lógica de la revolución sino en las condiciones de su ausencia y las formas políticas que han tomado los esfuerzos por evitarla —en otras palabras, los procesos que Trotsky y sus seguidores tendían a ignorar.

El modelo de esta segunda forma de escritura marxista sobre el siglo xx lo proporciona Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*. Al enfrentarse, como Marx después de 1848, con la derrota —que en su caso adquirió una forma mucho más descarnada con el fascismo de Mussolini, y que además lo condenó a prisión por el resto de su vida—, Gramsci intentó examinar los orígenes de este revés histórico radical. Su estudio supone, por una parte, una exploración a largo plazo del pasado italiano, lo que le conduce a descubrir en el Renacimiento y el *Risorgimento* los orígenes de un bloqueo histórico provocado por el compromiso de la burguesía con los terratenientes y la Iglesia (a diferencia de Francia, en donde trató de acabar con ellos). Gramsci, además, desarrolló un conjunto de conceptos —especialmente los de hegemonía y sociedad civil— que facilitan el análisis de las pautas institucionales e ideológicas mediante las que las clases dominantes se aseguran el consentimiento a su dominio, y que las clases subalternas podrían utilizar para subvertirlo y transformarlo. Este proyecto impulsó a Gramsci a explorar la *longue durée* italiana, con el objetivo de controlar el presente intelectualmente —y el futuro políticamente. Algunos de los pasajes más sugerentes de los *Cuadernos* están dedicados al «americanismo» y al «fordismo», conceptos que utilizará para explorar las modalidades de la dominación social en el capitalismo industrial avanzado.

Casi una generación después de su muerte en 1937, la empresa teórica de Gramsci inspiró a los editores de la *New Left Review* para investigar las fuentes históricas de la parálisis inglesa contemporánea. En un celebrado ensayo, «Los orígenes de la crisis actual» (1964), Perry Anderson inauguró el análisis despiadado de las debilidades de la izquierda y el movimiento obrero británicos mediante el bosquejo de una «historia ‘totalizadora’ de la historia británica moderna», que localiza las fuentes de la hegemonía capitalista «más poderosa, más duradera y más continuada» en la «constelación acumulativa» que se dio en «cuatro momentos fundamentales». Estos fueron, en orden sucesivo, la Revolución inglesa de los años 1640 y 1650, «la primera, la más mediada, y la menos puramente burguesa de las revoluciones que se dieron en los grandes países europeos», con la que institucionalizó la hegemonía de una aristocracia capitalista sobre la propia burguesía; la Revolución industrial, también la primera, de la que surge la clase obrera británica en un clima desfavorable debido a las guerras con la Francia revolucionaria y sus repercusiones, y antes de la aparición del socialismo moderno; el Imperio y sus efectos en la perpetuación de la dominación aristocrática; y la insularidad británica que la mantuvo lejos de las guerras que asolaron la Europa continental en la primera mitad del siglo xx. El resultado había sido una clase dirigente encerrada en unas pautas económicas que surgieron cuando la City dominaba la economía mundial victoriana y, por tanto, mal preparada para enfrentarse a la competencia de las nuevas potencias industriales, así como

10. P. Anderson, «Origins of the present crisis», *New Left Review*, XXIII (1964), págs. 26-53; citas de págs. 27, 28, 41, 43. La versión original de la interpretación de la historia inglesa la desarrolló junto a Tom Nairn, cuyas contribuciones más destacadas están recogidas en *The break-up of Britain* (Londres, 1977), aunque también es interesante *The enchanted glass* (Londres, 1988).

11. E. P. Thompson, «The peculiarities of the English», en J. Saville y R. Milliband (eds.), *The socialist register 1965* (Londres, 1965), una versión más completa en E. P. Thompson, *The poverty of theory and other essays* (Londres, 1978).

12. P. Anderson, «Socialism and pseudo-empiricism», *New Left Review*, XXXV (1966), págs. 2-42; «Components of the national culture», *ibid.*, L (1968), págs. 2-57; «The figures of descent», *ibid.*, CLXI (1987), págs. 20-77. El último de estos ensayos provocó diversas contestaciones, entre las que se encuentran M. Barrat Brown, «Away with all the great arches», *ibid.*, CLXVII (1988), págs. 22-51; A. Callinicos, «Exceptions or symptoms? The British crisis and the world system», *ibid.*, CLXIX (1988), págs. 97-106; and C. Barker y D. Nicolls (eds.), *The development of British capitalist society: a marxist debate* (Manchester, 1988). Anderson respondió en «The light of Europe», la conclusión de una colección de ensayos, *English questions* (Londres, 1992), que incluye todos los artículos de Anderson sobre la historia inglesa (en algunos casos algo recortados), con la excepción de «Socialism and pseudo-empiricism».

13. Thompson, *The poverty of theory*, pág. 47.

14. Ver A. Callinicos, «Bourgeois revolutions and historical materialism», *International socialism*, 2, XLIII (1989), págs. 113-71, y para una crítica influyente de la tesis del *Sonderweg*, D. Blackburn y G. Eley, *The peculiarities of German history* (Oxford, 1984).

una clase obrera que ha fracasado en la tarea de crear su propia ideología autónoma y, por ello, atrapada en una defensiva «conciencia de clase corporativista». En definitiva, «una burguesía débil y sin carácter produjo un proletariado subordinado».<sup>10</sup>

Este vigoroso análisis provocó una enorme controversia en la izquierda marxista británica, reflejada sobre todo en la larga polémica con el gran historiador E. P. Thompson.<sup>11</sup> Sin amilanarse, Anderson siguió defendiendo sus tesis y las amplió argumentando que la ausencia de una ideología burguesa hegemónica genuina había bloqueado el desarrollo de la sociología y el marxismo en Gran Bretaña, y posteriormente reformuló su tesis en términos que pudieran evitar lo que llegó a aceptar que era una crítica acertada a sus primeros ensayos, es decir, que se centraban demasiado en los factores culturales.<sup>12</sup> Como señaló Thompson, un supuesto implícito del argumento de Anderson es la consideración de la Revolución francesa como modelo de las revoluciones burguesas: si Inglaterra había tenido «la revolución burguesa menos pura de cualquier gran país europeo» es porque para él los jacobinos establecen la norma de la pureza.<sup>13</sup> Por un lado, Anderson es totalmente fiel a Gramsci, para quien el éxito jacobino en la construcción de un «bloque nacional-popular», uniendo a los pobres del campo y la ciudad para terminar con el antiguo régimen, contrastaba negativamente con la «revolución pasiva» italiana, que unificó el país al precio de preservar gran parte del pasado. Sin embargo, el supuesto de Anderson se hizo cada vez más problemático. La idea de que la Revolución francesa, y no digamos la Revolución inglesa, estuviera liderada por algo parecido a una burguesía (que a su vez sería la máxima beneficiaria) empezó a criticarse desde las grandes corrientes de la historiografía. De otra parte, algunos estudiosos marxistas auspiciaron la superación de la tesis, desarrollada inicialmente por Max Weber y luego base de la historiografía liberal de posguerra, según la cual los desastres sufridos e infligidos por Alemania en la primera mitad del siglo XX podrían explicarse por el *Sonderweg* (camino especial) del país, su desvío de las normas del capitalismo liberal desarrollado en Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos. Probablemente, más bien, la historia del desarrollo capitalista generó un grupo de trayectorias nacionales diversas, caracterizadas por relaciones específicas entre el Estado, la economía y las grandes clases sociales, sin que ninguna de ella pueda reclamar un estatus privilegiado sobre las demás.<sup>14</sup>

La idea de una vía normal en el desarrollo histórico era en todo caso un obstáculo para un tercer grupo de historiadores marxistas, aquellos que pretendían enfrentarse no tanto a la ausencia de revoluciones sino a su antítesis —a los regímenes que ni siquiera defendían de boquilla los ideales de la emancipación universal articulados por las grandes revoluciones, sino que pretendían, por el contrario, institucionalizar jerarquías de dominación racial. El caso más importante era, por supuesto, el nacional-socialismo en Alemania. En una serie de estudios pioneros, Tim Mason trató de demostrar que incluso un régimen que pretendía abolir sistemáticamente el conflicto de clases mediante la unión de los auténticos alemanes en la *Volksgemeinschaft* (la comunidad nacional o del pueblo), y la consiguiente exclusión, represión y exterminio de quienes no formaban parte de ella, también estaba moldeado y limitado por el conflicto entre capital y trabajo. Este enfoque llevó a Mason a tratar de desvelar las formas subterráneas de resistencia de los trabajadores alemanes frente a la Alemania Nazi, al tiempo que rastrea cómo el miedo a una

repetición de la Revolución de noviembre de 1918 influyó, de diversas formas, en la política social del régimen; también incluyó una tesis muy controvertida al afirmar que, en la decisión de Hitler de ir a la guerra en otoño de 1939, influyó decisivamente la incapacidad de la economía alemana para continuar con el crecimiento y así contener las contradicciones sociales, privada del acceso a recursos externos que podían obtenerse más fácilmente mediante la conquista militar.<sup>15</sup>

Un intento semejante de demostrar que la lógica de la acumulación de capital y la lucha de clases gobierna regímenes que aparentemente siguen prioridades muy diferentes lo llevó a cabo, en los años 70 y 80, una escuela surafricana de historiadores y sociólogos marxistas. Se les conocía como los «revisiónistas» porque desafiaron la interpretación liberal académica dominante de la historia surafricana del siglo xx, que consideraba el desarrollo de las formas de segregación racial, consolidadas como el sistema de apartheid después de la victoria electoral del Partido Nacional en 1948, como obstáculos irracionales impuestos por los nacionalistas afrikaner al desarrollo de una economía de mercado moderna. En los ensayos pioneros de Martin Legassick y Harold Wolpe, éstos argumentaron que la segregación surgió principalmente en el periodo de la dominación colonial británica, en el siglo xix y principios del siglo xx, para proporcionar una fuerza de trabajo migrante barata al capitalismo agrario y minero orientado hacia la exportación; el apartheid supuso la generalización de este sistema para cubrir las necesidades de las industrias secundarias orientadas al mercado interno que se convirtieron en uno de los elementos más importantes de la economía surafricana a partir del periodo de entreguerras.<sup>16</sup> Diferentes versiones de esta tesis inspiraron a una generación de académicos y estudiosos para explorar la compleja relación entre las relaciones económicas del capitalismo, las estructuras de dominación racial y las formas de resistencia, y también promovieron el desarrollo de un movimiento de clase obrera negra capaz de enfrentarse al mismo tiempo al apartheid y al capitalismo. Ciertamente, el desenlace final de la crisis del régimen del Partido Nacional —el distanciamiento, coronado por el éxito, del capitalismo respecto del apartheid y su supervivencia en el marco de un Estado democrático y liberal presidido por el Congreso Nacional Africano— indica que el encaje funcional entre las relaciones económicas y las instituciones segregacionistas era menos intenso de lo que los revisionistas sugirieron en su momento. Pero la riqueza del programa de investigación que desarrollaron quedó demostrada en una de las obras maestras de la historia desde abajo, el estudio de Charles van Onselen sobre el esfuerzo vital de los aparceros negros, en desafío a las estructuras cada vez más restrictivas del apartheid y el capitalismo, para continuar trabajando la tierra.<sup>17</sup>

#### INTERPRETAR EL SIGLO XX

Voy a considerar ahora cómo los marxistas, en especial Perry Anderson y Eric Hobsbawm, han tratado de interpretar el siglo xx en su conjunto después de 1989 frente a las interpretaciones liberales dominantes, cuya expresión más famosa articuló Francis Fukuyama. Por supuesto, la transición relativamente pacífica hacia una democracia no racista de Suráfrica no ha sido la única sorpresa que nos ha deparado el final de siglo. El súbito y completo colapso de la Unión Soviética y de sus regímenes subordinados en el centro y este de Europa fue un auténtico acontecimiento histórico-mundial, con el que

15. T. W. Mason, *Social policy in the Third Reich* (Oxford, 1993) y *Nazism, Fascism and the working class* (Cambridge, 1995). Sobre los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, ver la crítica de Richard Overy a Mason, «Germany, 'domestic crisis', and the war in 1939», *Past and Present*, CXVI (1987), págs. 138-68, y el debate entre David Kaiser, Mason y Overy en *ibid.*, CXXII (1989).

16. M. Legassick, «South Africa: capital accumulation and violence», *Economy and society*, III (1974), págs. 253-91, y H. Wolpe, «Capitalism and cheap labour-power in South Africa», *ibid.*, I (1972), págs. 425-56.

17. C. Van Onselen, *The seed is mine* (Nueva York, 1996). Wolpe escribió la apreciación más matizada sobre las relaciones complejas y cambiantes entre el capitalismo y el apartheid: *Race, Class, and the Apartheid State* (Londres, 1986). Ver también la entrevista retrospectiva con Legassick, «The past and present of marxist historiography in South Africa», *Radical History Review*, LXXXII (2002), págs. 111-30, que contiene una buena presentación y bibliografía del revisionismo.

se puso fin a la guerra fría y a la división de Alemania y de Europa. Además permitió la integración del sistema internacional en un marco de capitalismo liberal bajo el liderazgo de Estados Unidos. Una consecuencia intelectual de este proceso ha sido el restablecimiento activo de la idea de la existencia de un camino «normal» en el desarrollo histórico. El logro de la democracia liberal en Suráfrica, en el centro y este de Europa, y (de manera bastante más dudosa) en Rusia y su periferia, se ha interpretado mayoritariamente como el final de un interludio constituido por el «siglo XX corto» (1914-1991) y el regreso de la historia al camino que se había tomado antes del desastre de la Primera Guerra Mundial.<sup>18</sup> Esto es mucho más que un simple esquema interpretativo, ya que tiene sus implicaciones políticas: cuando se interpreta que un Estado se ha desviado de las normas del «buen gobierno» establecidas por el capitalismo liberal, puede considerarse como un Estado «fallido» o «canalla» (*rogue*) y, por tanto, estar sujeto a sanciones de diverso tipo, incluyendo, si resulta geopolíticamente conveniente, la invasión.<sup>19</sup>

Esta transformación sistémica sin duda invita al tipo de análisis histórico a gran escala en el que los marxistas se han especializado. Pero el inicio de la carrera fue una ambiciosa filosofía de la historia surgida en un ámbito muy diferente, la celebrada tesis de Francis Fukuyama de que el hundimiento del bloque oriental marcaba el Fin de la Historia. Fukuyama se apoyaba en una exótica mezcla de neoconservadurismo –la ideología más y más influyente en las administraciones de los Bush, *père et fils*, que presentaba al capitalismo liberal estilo americano en perpetua, pero en último término triunfante, lucha con una serie de rivales ideológicos– y de la versión cuasi-existencialista de la filosofía hegeliana de la historia elaborada por Alexandre Kojève, que dio entrada asimismo a visiones mucho más oscuras de la modernidad.<sup>20</sup> De acuerdo con Fukuyama, la historia es un proceso evolutivo progresivo dirigido por dos mecanismos, la lucha ideológica por el reconocimiento y la búsqueda, facilitada por las ciencias naturales modernas y propulsada por los deseos individuales, de un incremento de la producción a través de la innovación tecnológica. El colapso del comunismo histórico ha demostrado su incapacidad para competir efectivamente en uno u otro terreno; su eliminación ha hecho desaparecer al último rival moderno del capitalismo liberal y, consecuentemente, ha llevado a la historia a su fin: sin duda, gracias a la naturaleza ilimitada del deseo humano y el progreso técnico, las innovaciones destinadas a aumentar la producción continuarán, pero ya no aparecerán más conflictos de carácter sistémico.<sup>21</sup>

En cierto sentido, Fukuyama ha batido a los marxistas en su propio juego. Más tarde, suscribió la atribución que le otorgaba Ken Jowitt de realizar una teleología social «marxista», aunque, decía Fukuyama, el resultado del proceso histórico hubiera sido el capitalismo en lugar del comunismo.<sup>22</sup> Los marxistas influidos por la interpretación de la Guerra Fría de Deutscher, que la considera una versión global del conflicto de clase entre el capital y el trabajo, una «lucha entre sistemas sociales opuestos», respondieron de una manera bastante comprensiva a las ideas de Fukuyama: como él, creían que el capitalismo había vencido en el «Gran Combate», pero a diferencia de él lamentaban el desenlace final.<sup>23</sup> Perry Anderson, por ejemplo, en un largo ensayo interpretativo que, con su erudición habitual, traza el itinerario intelectual de la idea del Final de la Historia, argumenta que ninguna crítica a Fukuyama desde la izquierda puede ser efectiva si no es capaz de

18. La escritura histórica popular de Niall Ferguson es, en este sentido, representativa: ver especialmente *Empire* (Londres, 2003) y *Colossus* (Londres, 2004).

19. Dos versiones filosóficas muy diferentes de este discurso político pueden encontrarse en J. Rawls, *The law of peoples* (Cambridge, MA, 1999) y J. Derrida, *Voyous* (Paris, 2000).

20. Ver L. Niethammer, *Posthistoire* (Londres, 1992); A. Callinicos, *Theories and narratives* (Cambridge, 1995), cap. I; y para una visión posterior y más negativa de su *milieu* ideológica, *After neoconservatism* (Londres, 2006) (edición americana: *America at the crossroads*).

21. F. Fukuyama, *The end of History and the last man* (Nueva York, 1992).

22. F. Fukuyama, *After neoconservatism*, pág. 55.

23. I. Deutscher, *The great contest* (Nueva York, 1961), cita en la pág. 89.



demostrar la viabilidad de un nuevo proyecto anticapitalista, una tarea que estima muy complicada en la coyuntura de la post-Guerra Fría, aunque no completamente imposible.<sup>24</sup> En un escrito posterior, Anderson recibe el nuevo milenio reafirmandose y desarrollando esta perspectiva, en la que documenta la dominación global de Estados Unidos y su versión del capitalismo, el afianzamiento ideológico del neoliberalismo, la capitulación de la socialdemocracia a estas fuerzas y la marginalización intelectual del marxismo. Bajo dichas circunstancias, la izquierda intelectual debe rechazar la opción fácil de buscar «resquicios de esperanza en lo que, de otra forma, sería un ambiente totalmente hostil» y, por el contrario, practicar un «realismo inflexible», que «rechaza cualquier forma de acomodo al sistema dominante y se niega a cualquier forma de indulgencia o de eufemismo que minimicen su poderío».<sup>25</sup> En consonancia con esta orientación, Anderson y la *New Left Review* acogieron con profundo escepticismo la enorme ola de oposición a la invasión de Irak en 2003, porque muchos de los contrarios a la guerra no tuvieron problemas en defender otras aventuras imperiales anteriores, como la guerra de Kosovo en 1999, y predijeron que la mayoría de los gobiernos que rechazaron participar en la guerra de Irak terminarían por reconciliarse con Wahington.<sup>26</sup>

Sin embargo, ha sido otro historiador marxista, que comparte con Anderson el sentido de la derrota histórico-mundial, quien ha articulado el intento más ambicioso de capturar el significado del siglo xx. Eric Hobsbawm fue el único de los historiadores marxistas surgidos en Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial que no dejó el Partido Comunista a consecuencia de la crisis de 1956-57 provocada por las revelaciones del Informe Secreto de Kruschev y por la revolución húngara; también ha demostrado ser un maestro imaginativo y absorbente de la macro-historia en su trilogía sobre el siglo xix largo (1789-1914) –*La era de la revolución* (1962), *La era del capital* (1975), y *La era del imperio* (1987). El libro *Age of Extremes: The Short Twentieth Century 1914-1991* (1994) [*Historia del siglo xx: 1914-1991*] es, en cierto sentido, una secuela de ese gran trabajo, pero, como reconoce el propio Hobsbawm cuando describe el libro como una «aventura autobiográfica», se escribió de forma mucho más cercana a su objeto que la trilogía.<sup>27</sup>

La proximidad del libro a la experiencia personal a las afinidades políticas del propio Hobsbawm se expresa en la construcción de su argumento. El autor explica que inicialmente concibió su *Historia del siglo xx* a «manera de díptico»: la primera mitad del siglo como una «época de catástrofes», en la que todos los elementos de la sociedad capitalista y liberal se entraron en crisis y se hundieron, seguida, en la segunda mitad del siglo, de «una época en que las sociedades liberales capitalistas, de una manera u otra, se reformaron y restauraron para florecer como nunca antes». Pero la caída de la Unión Soviética, seguida por una profunda crisis económica en Rusia y los países de la Europa central y oriental, y por señales de que la economía occidental se encontraba en el peor momento desde la crisis de los años 30, llevó a Hobsbawm a revisar este esquema: «la historia del siglo xx corto se parecía ahora a un tríptico, o un sándwich: una Edad Dorada relativamente breve separando dos periodos de crisis mayor»<sup>28</sup>. De acuerdo con esto, *Historia del siglo xx* se organiza en torno a una «Era de las Catástrofes»: las guerras, revoluciones y atrocidades de 1914 a 1945; «la posiblemente anómala y sin precedentes Edad de Oro de 1947 a 1973», caracterizada por el boom económico de la posguerra y las trans-

24. P. Anderson, «The end of history», en idem, *A zone of engagement* (Londres, 1992). Ver también F. Halliday, «An encounter with Fukuyama», *New Left Review*, CXIII (1992), págs. 89-95, y G. Elliot, «The cards of confusion», *Radical Philosophy*, LXIV (1993), págs. 3-12. Anderson ha escrito una interesante interpretación de la recapitulación de Fukuyama en *After neoconservatism: «Inside man»*, *The Nation*, XXVI, abril 2006.

25. P. Anderson, «Renewals», *New Left Review*, 2, 1 (2000), págs. 5-24, cita de la pág. 12.

26. Por ejemplo, P. Anderson, «Force or consent», *New Left Review*, 2, XVII (2002), págs. 5-30, y «Casuistries of peace and war», *London Review of Books*, 6 de marzo de 2003.

27. E. J. Hobsbawm, *Age of Extremes* (Londres, 1994), pág. 4.

28. E. J. Hobsbawm, *On History* (Londres, 1997), págs. 235-236. Véase *Age of Extremes*, pág. 6.

formaciones sociales (urbanización, el avance en los derechos de la mujer, la aparición de las culturas juveniles, etc.) que la acompañaron; y el «Derrumbamiento» que le siguió, «un mundo que perdió el sentido de orientación y se deslizó hacia la crisis y la inestabilidad», una transformación que ya se anunciaba en la recesión de los años 70 y 80 pero cuya escala sólo se hizo evidente cuando el «socialismo real» se desintegró a final de esa última década. Hobsbawm concluye con un panorama de los problemas a los que se enfrenta el mundo –el crecimiento demográfico, la destrucción ecológica, la incapacidad de las políticas neoliberales inauguradas por Ronald Reagan y Margaret Thatcher para controlar la economía mundial, la pérdida, debido a la desintegración de la Unión Soviética, de una poderosa presión externa que obligaba al capitalismo occidental a reformarse a sí mismo, el retraimiento del compromiso y la vida pública por parte de las masas y los ciudadanos de las democracias liberales– y con un aviso: «si la humanidad quiere tener un futuro reconocible, éste no puede realizarse prolongando el pasado o el presente. Si tratamos de construir el tercer milenio sobre esas bases, fracasaremos. Y el precio del fracaso, es decir, la alternativa a la transformación de la sociedad, es la oscuridad».<sup>29</sup>

La interpretación que Hobsbawm realiza del siglo xx contiene, por tanto, una considerable carga crítica, como se refleja en un escrito, publicado el mismo año en el que aparece *Historia del siglo xx*, dedicado al progreso de la «barbarie». Lo entiende como un proceso a largo plazo que supone tanto la decadencia de los controles sociales tradicionales como la inversión del universalismo de la Ilustración, iniciado durante la «Era de las Catástrofes» y que ha continuado a lo largo de la Guerra Fría (que Hobsbawm interpreta como una «guerra de religión» que reinstaura la crueldad y la deshumanización características de su precedente en la modernidad temprana) y sobrevive a esa confrontación global. El final de la Guerra Fría «dejó un sustrato de barbarie pública» y precipitó «el colapso explosivo del orden social y político en la periferia de nuestro sistema-mundo», especialmente en los Balcanes y las zonas colindantes con Rusia.<sup>30</sup> Uno de los principales ejemplos que Hobsbawm ofrece de esta decadencia moral es la reaparición de la tortura como un arma legítima del poder estatal. Pasado un tiempo, esta crítica no ha perdido en absoluto su actualidad. En un sentido más amplio, la *Historia del siglo xx* puede entenderse como una respuesta a Fukuyama, una respuesta que reconoce la magnitud de la derrota sufrida por la izquierda –«si Marx perviviera como uno de los mayores pensadores», afirma Hobsbawm, «...ninguna de las versiones del marxismo formuladas como doctrinas de acción política y como inspiración de los movimientos socialistas mantendría probablemente su forma actual»– pero aparte de eso, insiste en que el efecto de esta derrota no ha sido fortalecer el capitalismo liberal sino añadirse al catálogo de crisis a las que el sistema actual es incapaz de dar respuesta.<sup>31</sup> Aunque sin duda su posición es sincera, puede considerarse que ésta asume una función meramente consoladora para un historiador cuya alianza con el comunismo se realizó, como describe de una forma muy vívida en su autobiografía, *Años interesantes*, durante su adolescencia en Berlín en los primeros años 30, aunque esta consolación tiene una cualidad algo irónica: puede que el comunismo haya fracasado, pero este fracaso ha dejado solos en la ciénaga a sus oponentes.<sup>32</sup> En una apreciación favorable, aunque crítica, de *Historia del siglo xx* y *Años interesantes*, Anderson destaca la estructura asimétrica del primer libro:

29. Hobsbawm, *Age of Extremes*, págs. 8, 403, 585.

30. E. J. Hobsbawm, «Barbarism: a user's guide», *New Left Review*, CCVI (1994), págs. 44-54, pág. 53 (publicado de nuevo en *On History*).

31. Hobsbawm, *Age of Extremes*, pág. 563.

32. E. J. Hobsbawm, *Interesting times* (Londres, 2002), caps. 4 y 5.

Un capítulo especial... «Contra el enemigo común», sustancialmente más largo que la explicación del propio fascismo, se dedica a las alianzas antifascistas que se tejieron entre 1935 y 1945: los Frentes Populares antes de la Guerra, las Resistencias después de 1941, y sobre todo el pacto militar entre la URSS, Reino Unido y Estados Unidos que finalmente logró derrotar a la Wehrmacht. Hobsbawm argumenta que aquí no se trazaron las líneas entre el capitalismo y el comunismo, sino entre los descendientes de la Ilustración y sus oponentes.<sup>33</sup>

Anderson considera que este argumento es una consecuencia de la influencia del racionalismo ilustrado sobre Hobsbawm. Sin duda hay mucho de esto: al estudiar la expansión de la barbarie, Hobsbawm apunta: «declaro un interés. Creo que una de las pocas cosas que se encuentran entre nosotros y el acelerado descenso a la oscuridad es el conjunto de valores heredados de la Ilustración del siglo XVIII». De hecho, su explicación del proceso de barbarie tiene una temporalidad diferente a la de *Historia del siglo XX*, porque la erosión de las normas de la Ilustración continúa de forma ininterrumpida durante la Edad de Oro de 1945-1973: el historiador británico apunta a «un fenómeno a la vez curioso y deprimente: el avance de la barbarie en Occidente después de la Segunda Guerra Mundial».<sup>34</sup> Pero aquí también encontramos consideraciones que son más directamente políticas; la época de los Frentes Populares y las Resistencias formó parte del momento más influyente de los Partidos Comunistas, así como el periodo en el que el propio Hobsbawm alcanzó la madurez. Él ha escrito que, aunque «emocionalmente, una vez convertido en mi adolescencia, en el Berlín de 1932, pertenecía a una generación atada casi por un cordón umbilical a la esperanza de la revolución mundial, y de su foco original, la Revolución de Octubre, por crítico y escéptico que fuera con la URSS», «políticamente, después de afiliarme al Partido Comunista en 1936, pertenezco a la era de la política antifascista y los Frentes Populares. Esta realidad continua determinando mi pensamiento político y estratégico hasta hoy.»<sup>35</sup> El método político practicado por los partidos comunistas en esa época —amplias alianzas del movimiento obrero con los sectores progresistas de las clases acomodadas en pro de objetivos limitados— ha sido defendido por Hobsbawm en épocas tan recientes como en sus intervenciones durante los debates de los años 80 sobre el futuro del Partido Laborista frente al thatcherismo (un episodio del que Anderson se queja acertadamente porque abrió el camino que luego siguió Tony Blair).<sup>36</sup> No es sorprendente, por tanto, que Hobsbawm sitúe el eje de su libro en las experiencias políticas que dominaron su juventud y que reflejan, desde su punto de vista, la eficacia de la política de los Frentes Populares.

Anderson argumenta que situar la unidad antifascista en un primer plano y concluir con la imagen de la oscuridad tiene un efecto distorsionante: «el mensaje oculto de ambos es una forma de sobreponerse a la derrota. En retrospectiva, el sueño del Frente Popular es que no hubo una victoria de un partido sobre otro, porque en la realidad todos estábamos en el mismo bando. La tesis del Derrumbamiento es que no hubo victoria, ya que la otra parte también perdió». Anderson rechaza estas «estrategias de consolación». Critica a Hobsbawm por subestimar la escala del crecimiento económico, especialmente en el este de Asia, en las últimas décadas del siglo XX, y también por sobreestimar la escala de las matanzas masivas una vez la Guerra Fría alcanzó su cumbre mortífera en los años 50 y 60. El capitalismo liberal después de la Guerra Fría es económicamente mucho más robusto de lo que sugiere Hobsbawm y, además, «si el neoliberalismo es aún la ide-

33. P. Anderson, «Confronting defeat», *London Review of Books*, 17 de octubre del 2002, incluido en P. Anderson, *Spectrum* (Londres, 2005), pág. 312. En palabras de Hobsbawm: «Ideológicamente (el antifascismo) se basaba en un conjunto de valores y aspiraciones compartidos procedentes de la Ilustración y la era de la Revolución», Hobsbawm, *Age of Extremes*, pág. 176.

34. Hobsbawm, «Barbarism: a user's guide», págs. 45, 49.

35. Hobsbawm, *Interesting times*, pág. 218.

36. P. Anderson, «The age of EJIH», *London Review of Books*, 3 de octubre 2002, incluido en *Spectrum*, págs. 289-290. Los escritos más importantes de Hobsbawm en los años 70 y 80 están reunidos en *Politics for a rational left* (Londres, 1989).

ología hegemónica de nuestro tiempo, la potencia hegemónica –en un sentido bastante nuevo– son los Estados Unidos». Para Anderson, «la característica más importante del presente no es que el mundo esté fuera de control, sino que nunca ha estado controlado en un grado tan amplio por una sola potencia, que actúa para reforzar y difundir el sistema, tal como vemos actualmente».<sup>37</sup>

Las afinidades y divergencias entre Hobsbawm y Anderson, particularmente en su manera de ver la finalización del siglo xx, son de gran interés por sí mismas. Pero también invitan a la reflexión sobre asuntos más amplios que son decisivos para cualquier lectura marxista de la historia del siglo xx y que deben abordarse si se quiere investigar las pautas que predominan después de su conclusión. Estos temas son el estalinismo, el capitalismo y la catástrofe. Tanto Anderson como Hobsbawm aceptan la autodescripción de la Unión Soviética como un sistema social diferente al capitalismo occidental que, al basarse en la propiedad estatal de los medios de producción y la economía planificada, es superior, aunque Anderson, bajo la influencia de Trotsky y Deutscher, enfatiza mucho más las distorsiones y las deformaciones que el estalinismo ejerció sobre el proyecto bolchevique original.<sup>38</sup> De esta visión se desprende que el eclipse de la URSS supuso un considerable aumento del poder capitalista (a pesar de que, como hemos visto, Hobsbawm tiende a remarcar el reverso de este desenlace). Sin embargo, han existido otras interpretaciones marxistas de la Unión Soviética prácticamente desde Octubre de 1917: que desde un principio el régimen bolchevique fue una forma de capitalismo, o de capitalismo de Estado, que se convirtió en eso a finales de los años 20, o incluso (para algunos maoístas) en los años 50, o que el estalinismo representaba un nuevo modo de producción, que no era capitalista ni socialista, sino lo que el trotskista americano Max Shachtman denominó un «colectivismo burocrático». Todas estas visiones tienen en común el rechazo a concluir, en sintonía con la ideología oficial de la URSS o en base a la estatalización de la economía, que fuese socialista, así como la creencia en que el estalinismo representa una forma de explotación de clase en principio no mejor que la existente (como creen los marxistas) en Occidente.<sup>39</sup>

Es posible que cualquiera que aceptara alguna de estas perspectivas teóricas viera el estalinismo, y no su caída, como el verdadero desastre histórico. En otras palabras, desde ese punto de vista, el gran fracaso del proyecto socialista en el siglo xx sucedió cuando éste se identificó con el régimen soviético; su colapso, por tanto, no supondría ni el Fin de la Historia ni el descenso de la humanidad a la oscuridad, más bien representaría un momento de liberación, no solamente de las personas sujetas a este régimen, sino también de la política anticapitalista, que podría desprenderse por fin del incubo del estalinismo. Aunque, al menos por tres razones, esto es más fácil de decir que de llevar a la práctica. En primer lugar, las interpretaciones marxistas críticas del estalinismo se desarrollaron generalmente fuera de los ámbitos académicos y del movimiento obrero mayoritario, usualmente en las controversias dentro de pequeños grupos que surgieron entre la progenie política de Trotsky. Para decirlo de una manera suave, muchas veces éste no era el ambiente más adecuado para una investigación histórica rigurosa. Uno de los mayores desafíos intelectuales sería lograr una explicación del curso completo de la historia soviética –desde la Revolución hasta la caída– que sea consistente con los nuevos datos

37. P. Anderson, «Confronting defeats», *Spectrum*, págs. 316, 318.

38. P. Anderson, «Trotsky's interpretation of Stalinism», *New Left Review*, CXXXIX (1983), págs. 49-58.

39. Como muestra de la perspectiva trotskista sobre la URSS, ver L. D. Trotsky, *The revolution betrayed* (Nueva York, 1972) e *In defence of Marxism* (Nueva York, 1973); T. Cliff, *State capitalism in Russia* (Londres, 1988); y E. E. Habberken y A. Lipow (eds.), *Neither capitalism nor socialism* (Atlantic Highlands, NJ, 1996). El contexto histórico y análisis teórico puede encontrarse, por ejemplo, en A. Callinicos, *Trotskyism* (Milton Keynes, 1990) y P. Drucker, *Max Shachtman and his left* (Atlantic Highlands, NJ, 1994).



que está aportando la apertura (muy selectiva) de los archivos del viejo régimen. En segundo lugar, y de forma más específica, esta explicación debería dar razones convincentes que contradijeran la conclusión –que se ha convertido en parte de la *doxa* del Este y el Oeste después de 1989-1991– de que las barbaridades infligidas a los pueblos de la Unión Soviética fueron la consecuencia inevitable del intento de abolir el capitalismo. Finalmente, aunque la URSS no fuera el antagonista del capitalismo en el sentido que han pensado Deutscher, Anderson y Hobsbawm, una de las consecuencias indudables de su caída ha sido el fortalecimiento del capitalismo liberal y sus legitimaciones ideológicas. La cuestión básica que se plantea es la siguiente: por cuánto tiempo se extenderán sus efectos. Para enfrentarse a esta pregunta hay que referirse al segundo tema enunciado antes, al capitalismo.<sup>40</sup>

#### AVATARES DEL CAPITALISMO

El desacuerdo entre Anderson y Hobsbawm sobre el capitalismo global en el cambio de milenio refleja una disputa más amplia entre los economistas marxistas. Algunos argumentan que el capitalismo soportó una seria crisis económica en los años 70 y 80, pero que ahora está entrando en una nueva fase de desarrollo, aunque difieren sobre si las políticas neoliberales de privatización, desregulación, etc., impiden o promueven el crecimiento económico.<sup>41</sup> Otros afirman que el capitalismo global aún no se ha recuperado del «largo declive» que sufre desde finales de los años 60. El exponente actual más influyente de esta visión es Robert Brenner quien, no contento con dar nueva vida al debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo en los años 70, ha provocado a los economistas marxistas con un intento muy detallado, aunque teóricamente heterodoxo, de demostrar que las economías del capitalismo avanzado continúan embarrancadas en una crisis de rentabilidad a largo plazo.<sup>42</sup> Brenner argumenta que los Estados Unidos, Japón y Alemania sufren de un exceso crónico de capacidad debido a la competición entre los productores establecidos y los nuevos productores. Los críticos (entre los que se encuentra Anderson) han objetado que el ascenso de China como gran potencia industrial puede ofrecer una salida a sus exportaciones que se complementaría en lugar de competir con las de la OCDE.<sup>43</sup> David Harvey ha señalado otra posibilidad:

Una competición internacional cada vez más feroz a medida que diversos centros dinámicos de acumulación de capital compiten en el escenario mundial ante las intensas tendencias a la sobreacumulación. Puesto que no todos pueden tener éxito a largo plazo, los más débiles pueden sucumbir y verse envueltos en serias crisis de devaluación localizada o en conflictos geopolíticos entre regiones. Esta última posibilidad puede dar lugar, a través de la lógica territorial de poder, a enfrentamientos entre Estados en forma de guerras comerciales y guerras monetarias, con el peligro siempre presente de la confrontación militar (del tipo que nos dio en el siglo xx dos guerras mundiales entre las potencias capitalistas).<sup>44</sup>

Harvey evoca este escenario en un libro que tiene el relevante propósito de proporcionar una dimensión espacial a la economía política marxista insertándola en una teoría del imperialismo. Así, entiende el imperialismo capitalista como «una relación dialéctica entre las lógicas de poder territorial y capitalista», un enfoque que le permite integrar la competición geopolítica entre los Estados dentro de una teoría más amplia de la acumulación de capital sin reducir la primera a una simple expresión de intereses económicos.<sup>45</sup> Harvey debe la distinción entre las dos lógicas de poder a Giovanni Arrighi, el

40. Algunas respuestas de la izquierda occidental al colapso de la Unión Soviética se encuentran en R. Blackburn (ed.), *After the fall* (Londres, 1991); A. Callinicos, *The revenge of history* (Cambridge, 1991); y R. Aronson, *After Marxism* (Nueva York, 1994). Moshe Lewin ha intentado comprender la *longue durée* de la Unión Soviética accediendo a los archivos en *The Soviet century* (Londres, 2005).

41. Para algunos ejemplos de estas posiciones, ver, respectivamente, G. Duménil y D. Lévy, *Capitalism resurgent* (Cambridge, MA, 2004) y L. Panitch y S. Gindin, «Superintending global capital», *New Left Review*, 2, XXXV (2005), págs. 101-23.

42. R. Brenner, «The economics of global turbulence», *New Left Review*, CCXXIX (1998), págs. 1-265, y *The boom and the bubble* (Londres, 2002). El artículo original de Brenner fue objeto de un exhaustivo simposio en *Historical materialism*, IV y V (1999).

43. La versión de Anderson de esta objeción se encuentra en «Civil war; global distemper: Robert Brenner», en *Spectrum*, págs. 263-5.

44. D. Harvey, *The new imperialism* (Oxford, 2003), pág. 124.

45. *Ibid.*, pág. 183. Para una concepción similar del imperialismo, ver A. Callinicos, *The new mandarins of american power* (Cambridge, 2003), cap. 5.

autor de un ambicioso intento de analizar la historia del capitalismo a largo plazo y que se centra en el cambio de una hegemonía capitalista a otra. En *El largo siglo xx* (1994), Arrighi argumenta, inspirado en la obra de Fernand Braudel, que el sistema mundial capitalista ha pasado por distintas fases de desarrollo que él denomina «ciclos sistémicos de acumulación». Cada ciclo implica la hegemonía global de un Estado en el que éste puede defender plausiblemente que su preeminencia no sirve simplemente sus intereses sino también los de los demás Estados dentro del sistema. Aunque los sucesivos ciclos sistémicos suponen tanto la expansión geográfica como el desarrollo más intensivo del capitalismo, cada uno de ellos tiene la misma estructura –una fase ascendente en la que predomina la inversión productiva y una fase descendente en la que la especulación financiera tiende a tomar un mayor protagonismo. Los ciclos se solapan cuando la fase descendente de un poder marca el comienzo de la fase ascendente de un nuevo poder. Hasta ahora, ha habido cuatro ciclos sistémicos (con una duración decreciente debido a «la aceleración en el ritmo de la historia capitalista»), que serían: el «largo siglo xv-xvi», desde 1340 hasta 1630, en el que la alianza entre Génova y España era hegemónica; el «largo siglo xvii», desde 1560 a 1780, época de la supremacía holandesa; el «largo siglo xix» de la hegemonía británica, desde 1740 a 1930 aproximadamente; y el «largo siglo xx» que, por supuesto, pertenece a los Estados Unidos, «que empezó con la Gran Depresión de 1873-96 y la paralela expansión financiera del régimen británico de acumulación capitalista»<sup>46</sup>

46. G. Arrighi, *The long twentieth century* (Londres, 1994), págs. 216, 214.

En un resumen tan breve, la teoría de Arrighi se puede caricaturizar con facilidad, particularmente su manera de estirar el recurso, propio de los historiadores, de los «siglos largos» hasta el exceso. No obstante, este autor evita las tendencias más esquemáticas de este tipo de teorías cíclicas, y aporta detalles muy iluminadores, por ejemplo sobre las diferencias entre la hegemonía británica y norteamericana. Además, su teoría tiene el mérito de situar el siglo xx en la *longue durée* del desarrollo capitalista, en la que sus tribulaciones son síntomas del desafío fracasado de Alemania a la hegemonía británica, o de la superación pacífica posterior de ésta por parte de los Estados Unidos, así como del comienzo de su posterior declive. Arrighi distingue entre «la *señal de crisis* del régimen dominante de acumulación», que sería «el comienzo de la expansión financiera, y por tanto de todo siglo largo» y «la “*crisis terminal*”... del régimen dominante de acumulación», que «marca el final del siglo largo que ha comprendido el ascenso, plena expansión y decadencia de ese régimen». Mientras desarrollaba su teoría a principios de los años 90, Arrighi afirmó que las señales de crisis en los Estados Unidos empezaron hacia 1970, pero que su crisis terminal «aún no había ocurrido». Arrighi cita el impacto competitivo de Japón sobre los Estados Unidos en los años 70 y 80 como evidencia de que el «desplazamiento de una región ‘vieja’ (Norteamérica) por una región ‘nueva’ (el este de Asia) como centro más dinámico en el proceso de acumulación de capital a escala mundial es ya realidad».<sup>47</sup>

47. G. Arrighi, *The long twentieth century*, págs. 215, 216, 332.

El deslizamiento posterior de la economía japonesa hacia una depresión enquistada llevó a Arrighi a reasignar a China el rol de vanguardia en el desplazamiento de los Estados Unidos. Critica a Brenner por mostrarse incapaz de integrar debidamente la geopolítica y las finanzas en su análisis de la «largo declive». Además, argumenta que la creciente «financiarización» de la economía global constituye una estrategia característica de hegemonías en declive: Estados Unidos, como le sucediera en el pasado Gran Bretaña,

se ha enfrentado al desafío a su hegemonía política que fue la guerra de Vietnam y a la competencia creciente en el ámbito de la producción industrial, buscando un «refugio final» en los mercados monetarios y en la utilización de su poder financiero, que se refleja, por ejemplo, en el papel del dólar como moneda de reserva, y que sirve para apuntalar su hegemonía.<sup>48</sup> Pero esto sólo es un alivio temporal, como deja claro la guerra de Irak. Según Arrighi «se puede pensar que si las dificultades en Vietnam precipitaron las *señales de crisis* de la hegemonía de los Estados Unidos, en retrospectiva las dificultades en Irak serán consideradas las que precipitaron su *crisis terminal*».<sup>49</sup> Lejos de reforzar la hegemonía norteamericana, la aventura imperial de la administración Bush ha demostrado sus límites. El poder militar de los Estados Unidos ha demostrado ser incapaz de pacificar Irak y, además, la oposición a la invasión y a la ocupación ha puesto bien a las claras hasta qué punto el liderazgo global de Washington ya no se percibe como algo beneficioso en general para todos los estados del sistema, a la vez que el incremento del déficit comercial norteamericano anuncia un desplazamiento del centro del poder económico a través del Pacífico, hacia India y China.

Por tanto, aquí encontramos una respuesta realmente contundente a Fukuyama, una respuesta que trata de demostrar el grado en que la caída de la Unión Soviética anunciaba, no el sueño del Nuevo Siglo Americano de los neoconservadores, sino el principio del fin de la hegemonía americana. El análisis de Arrighi tiene muchos elementos que pueden criticarse y, de hecho, lo han sido.<sup>50</sup> A pesar de todo, su trabajo, junto al de Brenner y Harvey en particular, proporciona una importante agenda intelectual sobre una serie de temas –la competición global y la rentabilidad, los cambios en la distribución del poder económico, el papel de las finanzas, el imperialismo, el conflicto geopolítico– que podrían encaminar de manera fructífera la investigación marxista a analizar la trayectoria del capitalismo como sistema mundial. El cambio de la coyuntura global producido por los ataques a Nueva York y Washington el 11 de Septiembre del 2001 ha estimulado estos debates. La dirección que ha tomado este tipo de trabajos es la de situar esa fecha, y sobre todo la reacción de la administración Bush, en el contexto más amplio que proporciona la evolución histórica de la economía política global. Pero el 11 de Septiembre también invita a una reflexión sobre el tercer tema que he querido distinguir en los intentos marxistas de dar sentido al siglo xx: la catástrofe.

#### ANTE LA CATÁSTROFE

Este siglo fue, especialmente durante su primer mitad, lo que Hobsbawm denomina una Era de las Catástrofes, marcada por el empleo del ingenio técnico con el fin de lograr matanzas masivas a una escala sin precedentes. El Holocausto, aunque por supuesto tiene una especificidad irreductible basada en el intento de exterminar a los judíos europeos, ha pasado a ser el símbolo de este aspecto del siglo xx. A veces los historiadores marxistas han tratado de escapar al tema. Sorprende la escasa atención que Hobsbawm presta al Holocausto en su *Historia del siglo xx*. Y lo que es aún más remarcable, Tim Mason confiesa que este hecho paraliza su imaginación histórica:

Siempre he estado emocionalmente, y por tanto intelectualmente, paralizado frente a lo que hicieron los nazis y lo que sufrieron sus víctimas. La enormidad de estas acciones y estos sufrimientos demanda imperativamente descripción y análisis, pero al mismo tiempo los desafían. Yo no

48. G. Arrighi, «The social and political economy of global turbulence» *New Left Review*, 2, XX (2003), págs. 5-71, cita de la página 50.

49. G. Arrighi, «Hegemony unravelling–I», *New Left Review*, 2, XXXII (2005), págs. 23-80, pág. 57; ver también «Hegemony unravelling–II», *ibid.*, XXXIII (2005), págs. 83-116.

50. Ver, por ejemplo, Panitch y Gindin, «Superintending global capitals».

puedo enfrentarme a los hechos del genocidio, ni tampoco escapar a ellos y estudiar un tema menos complejo. Me parece casi imposible proceder a la lectura de las fuentes o de los estudios y testimonios que hay sobre esta cuestión. Sé que otros historiadores del nazismo han tenido una experiencia similar.<sup>51</sup>

Esto no se explica como una negativa a enfrentarse políticamente a hechos desagradables: como hemos visto, los disidentes marxistas han dedicado una gran atención al fenómeno potencialmente más desconcertante del estalinismo, y realmente fueron los primeros en sacar a la luz las atrocidades del régimen soviético. Posiblemente la vacilación ante el Holocausto refleja el sentimiento común de que se trata de la atrocidad más difícil de interpretar, así como la comprensible repulsión que genera su insoportable realidad; posiblemente también es un síntoma del racionalismo ilustrado que Anderson detecta en Hobsbawm. Aun así, algunos marxistas han escrito sobre el Holocausto.<sup>52</sup> Para aquellos que lo han hecho, su realidad pone en cuestión la concepción de la historia basada en una simple narrativa de progreso. En un famoso texto escrito durante los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, Walter Benjamin hablaba de la «cadena de acontecimientos» histórica como una «única catástrofe que sigue amontonando ruinas sobre ruinas», desafiando la asociación tradicional del materialismo histórico con la idea de progreso: «Nada ha corrompido más a la clase obrera alemana que la idea de que se estaba moviendo con la corriente». En lugar de pensar la historia como un proceso que se desenvuelve en un «tiempo vacío y homogéneo», el historiador marxista debería centrarse en las conmociones repentinas que interrumpen el curso normal de los acontecimientos y representan momentos de oportunidad revolucionaria.<sup>53</sup>

Existe un amplio debate sobre cómo integrar la crítica de Benjamin a la teleología con la teoría marxista de la historia.<sup>54</sup> Pero sí parece esencial que esta teoría tenga en cuenta la catástrofe, y no sólo para dar sentido a los estallidos intencionados de matanzas masivas que han salpicado el siglo XX y que, como demuestran el 11 de Septiembre y la posterior reacción de Estados Unidos, continúan en el nuevo milenio. La muerte evitable no toma solamente la forma del asesinato consciente: puede ser también consecuencia del funcionamiento anónimo del mecanismo económico y social cuyo resultado es la muerte a gran escala, ya sea de forma rutinaria o en conjunción con otros procesos o acontecimientos. Las 18 millones de muertes prematuras anuales por causas relacionadas con la pobreza ejemplifican el primer caso; Mike Davis ofrece un ejemplo del segundo cuando explica cómo, en el siglo XIX, la integración de la economía mundial liberal interactuó con el ciclo climático de El Niño para producir hambruna y muerte masivas en la India, China y Brasil.<sup>55</sup> Es posible que la relación entre los ritmos económicos y las pautas climáticas se intensifique en el siglo XXI. Hay poco riesgo de que la historia como catástrofe deje de demandar la atención de los marxistas —y de todos los demás.

Resumiendo, pues, los autores marxistas han sido capaces de enfrentarse a las complejidades del siglo XX con distinción. Han construido narrativas poderosas sobre las revoluciones y sus desengaños. Han refinado los conceptos e introducido algunos nuevos para entender los procesos y las instituciones a través de las cuales se ha evitado la revolución y su opuesto se instala en el poder. También han proporcionado interpretaciones convincentes sobre el curso completo del siglo XX y, en particular, sobre la relación entre el capitalismo liberal y el «socialismo real». Como todo logro humano, este cuerpo de pensa-

51. Mason, *Social policy in the Third Reich*, pág. 282, del epílogo, publicado póstumamente, a un libro que apareció en alemán en 1977.

52. Por ejemplo, N. Geras, *The contract of mutual indifference* (Londres, 1998); E. Traverso, *Understanding the Nazi genocide* (Londres, 1999) y *The origins of Nazi violence* (Nueva York, 2003); y A. Callinicos, «Plumbing the depths: Marxism and the holocaust», *Yale journal of criticism*, XIV (2001), págs. 385-414. Todos estos autores ofrecen una reflexión sobre la relación del marxismo y el Holocausto, así como una interpretación sustantiva de éste.

53. W. Benjamin, «Theses on the philosophy of history», en *Illuminations* (Londres, 1970), págs. 259, 260, 266.

54. Ver el comentario de Michael Löwy en *Fire alarm* (Londres, 2005).

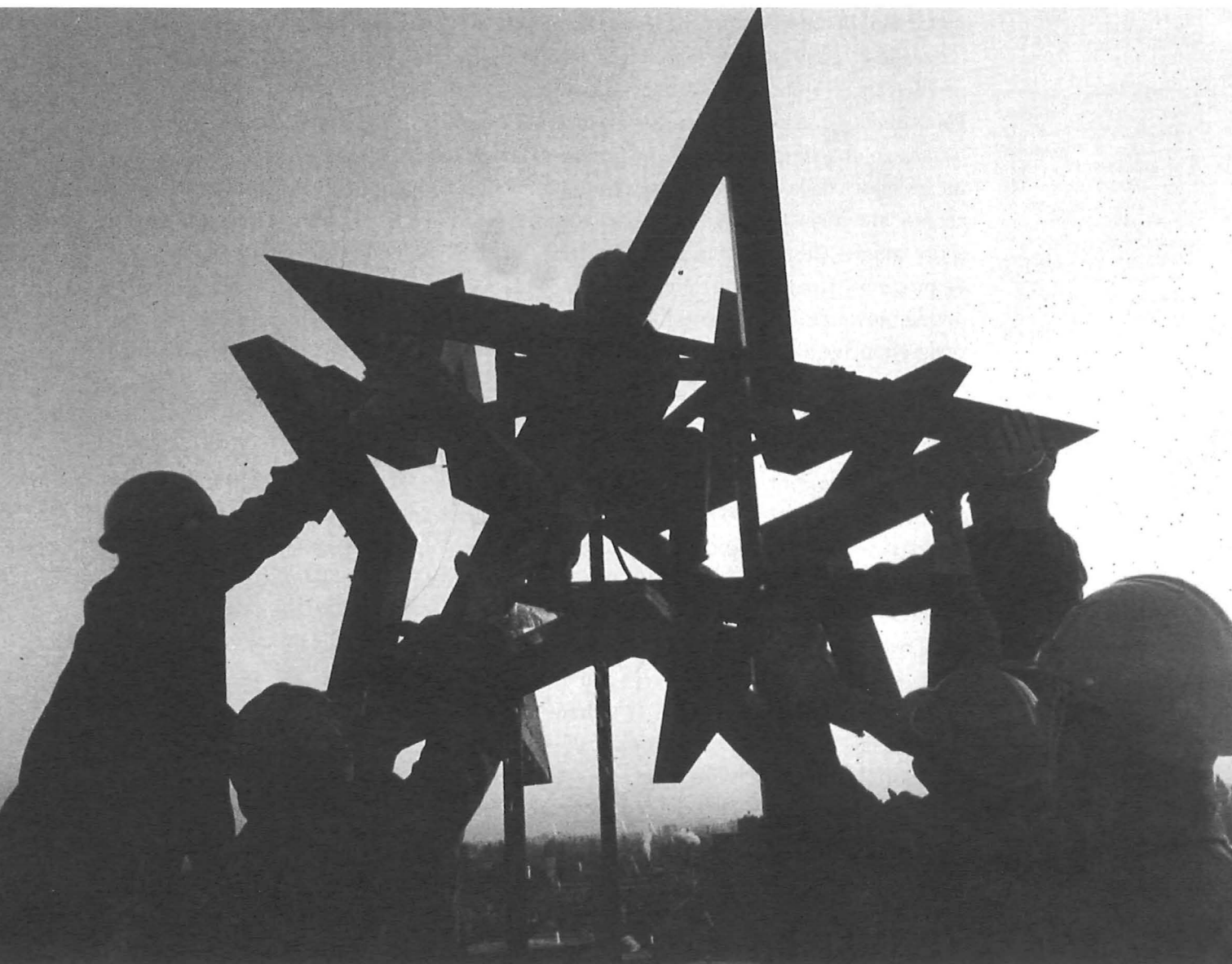
55. M. Davis, *Late victorian holocaust* (Londres, 2001). [Trad. cast.: *Los holocaustos de la Era Victoriana tardía*, Valencia, PUV, 2006.]



miento está lleno de errores, limitaciones y silencios. Pero, como he tratado de mostrar, algunas de las cuestiones que se han planteado pueden dar lugar a una agenda que intente interpretar y dar cuenta del mundo que el capitalismo liberal heredó en 1989. La historiografía marxista, por tanto, continúa desplegando una de sus características más distintivas: no solamente trata de interpretar el pasado sino que, como afirma Georg Lukács, también se enfrenta al «presente como un problema histórico».<sup>56</sup> ■

56. G. Lukács, *History and Class Consciousness*, pág. 157 (sin cursiva).

□ Traducción de Juan Pecourt Gracia



Dstrucción de símbolos  
comunistas en Checoslovaquia.  
*Fotografía M. Riboud (1989).*